

Servicio Militar: memoria, movilización y nación*

Luis Velasco Martínez

Universidade de Vigo

luis.velasco.martinez@uvigo.es

El retorno de los tambores de guerra a Europa en 2022, la cada vez más evidente falta de compromiso con las normas del derecho internacional por parte de múltiples actores y el inicio de escaladas bélicas en otros escenarios del mundo han traído de vuelta debates sobre cuestiones militares. De una forma que no se recordaba desde la Guerra Fría, se producen controversias sobre temáticas de organización, estrategia y táctica militar en el ágora pública y también en la esfera privada. Las vitrinas de las librerías de las ciudades de todo el mundo se han llenado de productos editoriales sobre temática militar, y en los grandes espacios comerciales estos ocupan un lugar preminente para captar la atención del público. El circuito de la oferta y la demanda se retroalimenta sin parar. No se trata de un fenómeno que ataña únicamente al ámbito editorial, por supuesto los productos audiovisuales que también saturan el mercado están repletos de materiales que giran, de una forma u otra, sobre lo bélico. Los conflictos militares como fenómeno también ocupan enormes espacios en las tertulias televisivas, en las columnas de opinión de la prensa tradicional y en los nuevos espacios de la esfera pública: las redes sociales digitales. Sin entrar en la discusión del grado de intervención que de hecho se da en estas últimas, y hasta qué punto las controversias en este ámbito pueden ser más o menos dirigidas, lo cierto es que la cuestión militar está muy presente. Se genera y se demanda información al mismo nivel que se generan y demandan nuevos materiales con los que comprender la guerra en general y los conflictos actuales en particular.

Las cuestiones tácticas y estratégicas ceden espacio a otras dimensiones de la cuestión militar o bélica, algunas ligadas con la concepción básica de la violencia organizada y cómo esta influye en actores y sistemas. Así, las interpretaciones más sociales y humanas respecto al hecho militar, la experiencia del combatiente o de la población

* Este texto se enmarca en el proyecto de investigación «Élites, tecnocracia y cambio político en Galicia y Norte de Portugal (1967-1977)» del Ministerio de Ciencia del Reino de España (PID2021-127140NB-I00, I.P.: Prada Rodríguez, Julio) y de las actividades del grupo de investigación «HC1» de la Universidad de Vigo, financiado por la Xunta de Galicia (GPC-ED431B 2023/39, I.P.: Rodríguez Ramón, José Manuel).

civil también han demostrado generar interés por parte de una sociedad expectante ante una escalada a la que la Historia niega un carácter excepcional.

La relación entre la experiencia de combate, en el amplio sentido de la expresión, de los actores colectivos e individuales, así como de los sistemas en los que estos se integran o incluso de los paisajes donde se desarrollan levantan una curiosidad evidente. En el marco del denominado primer mundo —especialmente en Europa occidental— la exposición a los conflictos de alta intensidad ha dejado de ser una experiencia de masas generalizada. La postguerra de 1945 no supuso el final de la exposición de estas sociedades a la guerra —basta recordar las experiencias coloniales, las guerras civiles que se han sucedido en este marco continental, los conflictos *proxy* de la Guerra Fría o el intervencionismo militar continuo en el marco de África y Asia—, pero sí su redimensionamiento. Este cambio en las dimensiones de la participación de las sociedades occidentales en los conflictos y en los canales de exposición de sus masas a la violencia se ha visto fuertemente influenciado por la suspensión del reclutamiento obligatorio. Así, la superación del Servicio Militar Obligatorio (SMO) ha mutado profundamente la relación de las sociedades con sus ejércitos, pero también con la violencia, sus causas y consecuencias. El reclutamiento obligatorio fue una piedra angular de la relación de la ciudadanía con la violencia organizada, con el papel de los ejércitos como representantes del monopolio de la violencia legítima por parte del Estado, con la construcción de roles de género e incluso con la creación y difusión de las identidades nacionales. La superación de este modelo de organización militar tuvo un papel que trasciende los aspectos de estudio de la historiografía militar más tradicional.

A lo largo de las últimas décadas nos hemos encontrado de forma reiterada con algunos procesos y escenarios que facilitan identificar varias de las razones por las que el modelo del SMO fue superado. Así, los soldados de reemplazo argentinos muertos o heridos durante la Guerra de las Malvinas de 1982 tuvieron un peso evidente en la caída de la junta militar del país, tanto o más importante que el propio fracaso político o militar de la operación. Las fuerzas movilizadas por Irak en 1990 para ocupar Kuwait estaban compuestas en gran medida por jóvenes reclutas que habían crecido en el marco de la guerra contra Irán; podrían ser útiles en un conflicto equilibrado contra otra potencia dentro de su marco mesoterritorial, pero no frente a la potencia combinada de la Alianza comandada por los EE.UU. En aquel mismo conflicto el gobierno español tuvo que hacer frente a duras críticas por el envío de jóvenes marineros procedentes del reemplazo obligatorio para participar en el bloqueo naval al régimen de Sadam Hussein. La sociedad española estaba dividida ante la posibilidad de que soldados o marineros procedentes del SMO pudieran ser heridos o incluso morir en aquel conflicto. Las cámaras de la BBC grabaron imágenes del embarque de los marineros de reemplazo en las que se captaba la angustia de las familias, el nerviosismo de los reclutas y las movilizaciones contra su envío; la imagen exterior que proyectaba el SMO no era positiva en el

interior ni en el exterior del país. Recordaba a imágenes en blanco y negro con más de un siglo de antigüedad y cuya sombra no había desaparecido del imaginario social. La situación era semejante en el marco de países democráticos con una escasa tradición militar o de proyección de la fuerza durante la época contemporánea, o con un recuerdo negativo de ese tipo de aventuras exteriores. El final de la historia parecía traer consigo la generalización del modelo de ejércitos profesionales y la superación del modelo de reclutamiento obligatorio.

La división que provocaba el SMO continuó vigente y condicionando el debate público, militar y político cuando el gobierno español decidió participar en las operaciones de paz en el contexto de la guerra de los Balcanes. La imagen de féretros cubiertos por banderas resultaba evocadora de otros tiempos, de conflictos coloniales y de una memoria negativa del papel político de los ejércitos en el pasado de una democracia todavía joven. La solución fue minimizar la participación de reclutas a aquellos que mostrasen su voluntariedad para participar en la misión, mejorando sus condiciones salariales y priorizando la participación de tropa profesional. Curiosamente, esta reticencia a enviar soldados de reemplazo supuso la salvación para una unidad que había sido creada para evitar la muerte de reclutas en el marco de la guerra colonial de Marruecos ochenta años antes. Después de haber sopesado su disolución, el gobierno socialista utilizó la Legión, una unidad compuesta por tropa profesional y voluntarios procedentes del SMO con unas condiciones económicas mejoradas, para formar el grueso de la fuerza en los contingentes que intervinieron en la exYugoslavia. El papel que parecía reservado a las fuerzas armadas de las naciones democráticas de Occidente en el mundo posterior a la Guerra Fría invitaba a abandonar el modelo del SMO, insistía en el soldado profesional y para algunos puntos de vista reivindicaba la figura del mercenario.

La profesionalización progresiva de las Fuerzas Armadas occidentales se produjo en un contexto de superación de la Guerra Fría en el que el modelo de ejército multitudinario parecía haber dejado de tener sentido. La movilización de grandes contingentes de soldados ya no era operativa, ni deseable ni eficiente. La identificación de las nuevas amenazas que debían enfrentar los ejércitos tras la caída del Telón de Acero aconsejaba superar un modelo de masas. El inicio del proceso de profesionalización de las fuerzas armadas, allá donde se llevaba a cabo, además, permitió terminar con algunos de los mayores revulsivos del antimilitarismo: la objeción de conciencia y la insumisión. Así, acabar con el SMO abría la oportunidad de desmovilizar al antimilitarismo. Siguiendo con el ejemplo español, el presidente del gobierno socialista presentó un programa de gobierno en las elecciones generales de 1993 y 1996 que negaba la posibilidad de acabar definitivamente con el SMO. El precio de la profesionalización del ejército, el fomento de valores positivos durante el servicio, la mejora de la condición física de la juventud, la convivencia durante el tiempo de servicio de jóvenes de diferentes orígenes sociales y económicos, el mantenimiento de una reserva estratégica o su papel como elemento de

creación de oportunidades laborales y formativas era el argumento esgrimido en los actos electorales. Detrás del argumentario oficial, la oposición señalaba algunos motivos más prosaicos: maquillar la cifra de paro juvenil, el bajo coste del personal de reclutamiento, una supuesta incapacidad de las viejas estructuras militares para adaptarse, el apego del socialismo a modelos caducos, la falta de adaptabilidad a los nuevos tiempos, o la reticencia por parte de los nacionalismos periféricos del Estado en la creencia de la capacidad de homogeneización que tendría el paso de los jóvenes dentro del reservorio del nacionalismo español que eran los ejércitos. Fuere como fuere, el gobierno socialista español que presidía un veterano del SMO que se había licenciado del ejército como oficial de complemento postergó la eliminación de aquel modelo.

Un gobierno conservador encabezado por un presidente que había logrado evitar legalmente su llamamiento a filas sería el encargado de suspender el SMO en España, se aguró así el apoyo a su investidura por parte de los nacionalismos periféricos conservadores catalán y vasco. La suspensión *sine die* del SMO en España entró en vigor el último día de 2001, siguiendo el mismo camino que la mayor parte del entorno occidental. Portugal, otro país con un pasado de guerras coloniales y en el que un sector de las fuerzas armadas había tenido un papel motor en su revolución democrática, le siguió dos años más tarde también bajo un gobierno conservador. Italia comenzó el trámite para la supresión del SMO en 1999 bajo un gobierno izquierdista y lo suprimió definitivamente en 2005 con un gobierno conservador. Francia había iniciado el proceso de derogación del SMO en 1997, poco después del ascenso a la presidencia del conservador Jacques Chirac. En Reino Unido el gobierno conservador de Harold Macmillan ya había terminado con él mucho antes, en 1960, con el convencimiento de que el final del Imperio colonial británico y el horizonte de un enfrentamiento nuclear hacían poco útil militarmente el modelo. Durante la *détente*, la administración republicana de Richard Nixon hizo lo propio en 1973, continuando con el clima de apaciguamiento que siguió a la retirada estadounidense de Vietnam.

La doctrina militar anglo-norteamericana para enfrentar una hipotética nueva guerra mundial parecía haber optado por superar la conscripción obligatoria en la década de 1970. Sin embargo, en la Europa continental, tanto sus aliados como sus virtuales enemigos continuaban confiando en ella. Los aliados occidentales quizá necesitaban el SMO para mantener la ficción de que una rápida escalada nuclear sería evitable en un hipotético conflicto contra los soviéticos, y que mantenían un cierto control sobre su seguridad y un papel protagonista en el marco de la arquitectura de seguridad europea de la época. El papel del SMO en la esfera soviética estaba intrínsecamente relacionado con el de las fuerzas armadas como herramienta de control interno y de integración de los individuos en el marco del Estado totalitario. Este papel como *institución total* del

SMO no era patrimonio del bloque oriental,¹ también podemos identificarlo en la Europa occidental, y no sólo en el marco de los estados autoritarios meridionales. El SMO fue necesario para sostener los últimos coletazos de conflictos coloniales y para prever posibles conflictos internos. En el seno del bloque soviético la participación de los varones en su tránsito a la madurez en la estructura de las fuerzas armadas se veía como un rito iniciático insustituible, necesario y deseable, además de indispensable como elemento de control político e ideológico, mientras en los nuevos regímenes postcoloniales de África y Asia, así como en una mayoría de América Latina, el modelo continuó sobreviviendo prácticamente hasta la actualidad. Países europeos neutrales como Austria, Suiza y Finlandia también mantuvieron el modelo del SMO como un elemento básico con el que asegurar su independencia nacional después de la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad. Suecia lo recuperó en 2023, mientras que en algunos países del antiguo Pacto de Varsovia y en todas las naciones que se independizaron de la URSS el SMO continuó vigente. Las sinergias heredadas de décadas de totalitarismo en algunos casos, junto a su normalización social, y en otros casos a la memoria de la ocupación soviética y el miedo a vecinos expansionistas resultaron claves para la supervivencia del SMO después de la caída del Telón de Acero. En otros escenarios, las rivalidades regionales tuvieron un papel decisivo en su persistencia hasta la actualidad, como en el caso de Grecia y Turquía. La popularidad y la transversalidad política de ambos nacionalismos sin duda resultaron determinantes para que el SMO no desapareciera. El caso israelí merece una mención específica. El Estado de Israel hizo del SMO un pilar de su política de seguridad interior y exterior, además de un requisito para la integración de los jóvenes de ambos sexos en el seno de la comunidad política. Los países que mantuvieron el modelo y aquellos que lo han recuperado o han abierto el debate sobre su recuperación recientemente han planteado los ejemplos israelí y suizo como referente habitual.

La superación del reclutamiento obligatorio en aquellos países occidentales que lo abolieron supuso la aparición, casi inmediata, de una corriente de revalorización de las virtudes que supuestamente podría haber tenido. Si bien un nuevo paradigma de políticas de defensa parecía haber superado las oportunidades que ofrecía la leva masiva, una corriente interpretativa pronto comenzó a plantear que el SMO había tenido virtudes que superaban el marco de lo militar. Volviendo al caso español, después de 2001 una parte del conservadurismo sociológico reivindicaba que el SMO habría sido capaz de forjar y difundir atributos deseables —masculinidad, marcialidad, madurez, virilidad, resiliencia—; incluso una parte de la izquierda más apegada al nacionalismo español lo recordaba con cierta nostalgia en homenaje al viejo lema del socialismo decimonónico: *o todos o ninguno*. De hecho, durante buena parte de las décadas de 1970 y 1980 la ampliación del SMO hacia la población femenina había sido objeto de debate en

¹ Erving GOFFMAN: *Asylums. Essays on the Social Situation of Mental Patients and Other Inmates*, New York, Doubleday Anchor, 1961.

una parte de la izquierda. La necesidad de terminar de universalizar el SMO a través de la integración de la mujer había eclipsado parcialmente el debate sobre su superación.

Desde la suspensión del SMO en España, la popularización de las TIC y nuevos medios de socialización en torno a las redes sociales digitales hicieron que se fuera construyendo un sustrato de espacios informales de veteranos, antiguos reclutas, instructores, etc., que han hecho de la nostalgia por el SMO una experiencia tan generacional como su original. Así, al abrigo de estos nuevos canales de comunicación ha surgido una memoria benigna, positiva, emotiva y nostálgica de los años de servicio, en gran medida reconstruida desde la madurez y el recuerdo idealizado de la propia juventud. Nuevamente el caso español nos facilita reducir el estudio para problematizar en torno a él. Una rápida búsqueda por una de las redes sociales digitales más utilizadas por los mayores de cincuenta años nos permite contabilizar varios cientos de grupos a través de los que interactúan varias decenas de miles de antiguos reclutas. Las últimas experiencias coloniales españolas en África tienen un papel destacado en estos espacios. La imagen que sirve de portada de este monográfico es una buena muestra de ello.² El autor de la imagen contactó con otros veteranos que cumplieron su SMO en el Sáhara Occidental antes del apresurado proceso de descolonización iniciado por España a través de las redes sociales, esto le puso en contacto con decenas de miles de antiguos reclutas españoles que habían pasado su SMO en el mismo destino que él, en otros dentro de su misma generación, o que simplemente habían sido también soldados de reemplazo. La experiencia generacional del recuerdo del reclutamiento obligatorio para rememorarlos abre la puerta también a dulcificar la experiencia e incluso reimaginarla.

El dossier que se presenta en este número de la RUHM surge en un contexto en el que la recuperación del SMO se ha convertido en un tema recurrente en la agenda política occidental. Parece pues, el momento adecuado para reflexionar sobre las dinámicas y procesos que el SMO condicionó a lo largo de su existencia. La profesión de las armas no es un oficio como otro cualquiera, la ética del militar profesional es militarista, nacionalista e historicista casi por definición, y dentro de la *institución total* del SMO la oficialidad cuenta con el monopolio de la *educación y la disciplina*, por ende, esta lógica debería tender a extenderse a los reclutas.³ Estos actúan como una antena de repetición que facilita que mensajes y condicionantes irradiados desde los cuarteles alcancen también sus núcleos sociales y familiares de origen.

Fuera del ámbito europeo también se ha recuperado el debate respecto a la utilidad del SMO. Después de eliminar el SMO en 2006 Marruecos lo recuperó en 2018, los motivos para suprimirlo fueron su impopularidad, su coste y su falta de eficiencia

² Agradecemos a Enrique COMESAÑA MENCÍA que nos permitiera acceder a la colección fotográfica de su paso como cabo por el Regimiento Mixto de Ingenieros N°9 de El Aaiún en el Sáhara Occidental entre enero de 1974 y abril de 1975, así como compartir una de sus imágenes en la portada de este monográfico.

³ Samuel P. HUNTINGTON: *The soldier and the State. The theory and politics of civil-military relations*, Cambridge, Belknap Press, 1957, pp.55-61, 193-237.

militar. Para su recuperación se esgrimieron argumentos como mejorar las salidas laborales de los jóvenes y su integración social, así como su formación profesional, pero en la toma de decisiones también estuvieron presentes objetivos como contener la radicalización islamista, contrarrestar narrativas nacionalistas alternativas a la del Estado así como fomentar la lealtad y el reconocimiento a sus propias estructuras políticas, señaladamente la monarquía. La memoria del SMO como un vector que facilitaba la integración de los reclutas en la comunidad política opera en diferentes contextos y con diferentes argumentos específicos, pero la lógica que subyace sigue siendo parecida. Los mismos razonamientos que nos encontramos en el caso marroquí están presentes en la propuesta realizada por el gobierno conservador británico en mayo de 2024, el premier afirmó «la ciudadanía conlleva tantas obligaciones como derechos, ser británico es algo más que compartir una fila concreta cuando se pasa por el control de pasaportes»; en la campaña electoral que le aupó al poder en 2017 el presidente francés Emmanuel Macron afirmó que el SMO era «una forma de unir a una juventud fragmentada en torno a valores comunes». En Alemania se ha abierto un debate parecido, pero el ministro de finanzas liberal Christian Lindner pretendió reconducirlo de nuevo al marco puramente militar: «en lugar de un nuevo servicio obligatorio, deberíamos conseguir que más gente se interesara por servir en la Bundeswehr y reforzar las reservas». En España el líder ultraconservador Santiago Abascal, el cual logró no realizar el SMO, viene defendiendo públicamente su recuperación por lo menos desde 2019.

En este contexto de auge de una memoria benévola del SMO y también de voces que claman por su recuperación surge este dossier que se adentra en su historia desde un análisis de largo plazo y de carácter comparativo. La relación entre la identidad nacional, la identidad religiosa y la comunidad política es analizada por Jonathan Bar Shuali a través del caso del *Corps des Israélites* o *Korps Israëlieten*, una unidad militar perteneciente al Ejército del Reino de Holanda de Luis I Bonaparte entre 1809 y 1810, compuesta exclusivamente por combatientes judíos. Claudia Ceja Andrade se aproxima a el impacto de la conscripción obligatoria en el ámbito de la sociedad civil y su caracterización como un elemento condicionante de la vida de la comunidad en el marco del México decimonónico. Siguiendo con esta visión, Xosé Ramón Veiga profundiza sobre la respuesta colectiva al impuesto de sangre que suponía el SMO a través del estudio de las formas de evitarlo en Galicia desde la invasión napoleónica hasta finales de siglo. Este tipo de prácticas eran una respuesta a las repercusiones sociales, económicas y personales que producía el tiempo de servicio, Jordi Ibarz Gelabert y Enric García-Domingo analizan sus repercusiones en el ámbito del mercado de trabajo marítimo entre 1850 y 1920 a través de un estudio local. Finalmente, Javier Fernández Castroagudín aborda las fuentes del Selective Training and Service Act de los Estados Unidos para concluir respecto a la capacidad de integración del SMO en las masas de inmigrantes.

De una forma u otra, todos los textos que componen este dossier sirven para ilustrar el papel como experiencia de masas que el SMO tuvo a lo largo de toda la contemporaneidad, y cómo el análisis de las fuentes primarias puede ayudarnos a complementar su memoria y conocer en profundidad el fenómeno. Más allá de un recuerdo generacional que puede haber sido romantizado, y de su posible papel como formulación estratégica para conseguir contar con una fuerza suficiente de reserva en un determinado momento, el SMO es un agente que supera los límites de lo militar. Es un recurso que tiene importantes efectos sobre la comunidad y su cohesión a diferentes niveles. Se trata de una institución total que condicionó de manera total a generaciones de personas y a sus respectivos núcleos familiares, sociales, económicos y políticos. Sus consecuencias, por tanto, también son totales y el análisis para comprender el fenómeno debe ser holístico. Ese enfoque debe primar en el análisis del fenómeno desde una visión espacial pero también temporal.

El SMO es un producto del Estado-Nación contemporáneo y de las revoluciones industrial y liberal. Estas fuerzas impactaron en el marco de las sociedades y las instituciones heredadas de la Edad Moderna, y en este caso levantaron un nuevo modelo de reclutamiento sobre las levadas que lo precedieron. El SMO fue mudando a lo largo de toda la edad Edad Contemporánea para servir a dos niveles: la construcción de la comunidad política y su defensa militar. La idea de *Nación en armas* no dejó de estar presente, pero el compromiso nacionalizador de esta agencia disminuyó a lo largo de sus dos siglos de expresión contemporánea. De forma paralela, su valor militar también pasó por altibajos hasta una revisión que parecía definitiva tras la caída del imperio soviético. La actual reivindicación y revaloración del SMO parece un producto circunstancial de los cambios de paradigma que han sufrido las nuevas formas de hacer la guerra y las dinámicas de ruptura y cohesión social. Es cierto que el SMO fue útil en ambos aspectos en el pasado, pero no parece fácil que el modelo pueda volver a ser utilizado para enfrentar los retos que encara la segunda mitad del siglo XXI, o por lo menos para hacerlo sin una profunda revisión.

Esperamos que este dossier pueda aportar algunas herramientas analíticas capaces de ofrecer argumentos para reflexionar racionalmente sobre este fenómeno desde la historiografía.